

LA VIOLENCIA EN AMERICA LATINA EN EL SIGLO XXI

Torcuato S. Di Tella
Universidad de Buenos Aires
1999

La violencia, de "arriba" o de "abajo", es un tema con el cual tendremos que convivir por mucho tiempo en América Latina. La situación económica del continente es lejos de brillante, y bien puede pensarse por cuánto tiempo la gente la aguantará.

Lo que produce violencia no es, por supuesto, la simple miseria. En los tiempos en que todos, o casi todos, vivíamos en pequeños pueblitos, estábamos bajo los efectos de un fuerte sistema de control social, que yo he denominado en otro lugar el de "los tres padres": el pater familias (más bien abuelo), el sacerdote, y el patrón, que aunque lo maltratara a uno, al menos lo conocía. En ese mundo la gente respetaba a sus superiores, aceptaba su destino, y además, estando controlada por los otros, tenía, como decía Adam Smith, "a character to lose". Este mecanismo no era absoluto, por cierto, y en ese tipo de sociedades se produjeron en repetidas ocasiones explosiones violentas, desde la de los campesinos ingleses de 1381 hasta la de los seguidores de Túpac Amaru cuatrocientos años más tarde.

Este caparazón conservador y traicionista se rompe con lo que se puede llamar la explosión de la movilización social, concepto que debe ser usado con cuidado, pues se lo emplea con diversos significados en la literatura. Aquí se lo tomará como reflejando el grado en que los lazos de subordinación y respeto se han roto. Esta ruptura de hábitos ancestrales puede ocurrir de varias maneras, especialmente mediante el impacto de la educación, de los medios de comunicación de masas, y de las migraciones del campo a la ciudad, o también de cambios económicos particularmente fuertes, por no hablar de guerras internacionales o civiles con su tremenda presión de reclutamiento. Mediante estos procesos de *movilización social* un actor rompe los vínculos de sus lealtades tradicionales, pero no adquiere necesariamente una capacidad organizativa propia. Habiendo roto sus anclajes, los individuos entran a un mundo más anónimo, y se vuelven disponibles para nuevos movimientos sociales, pero en general necesitan un liderazgo personal o carismático, un cuarto padre, el padre de los pobres, para sustituir a sus deficiencias de auto organización.

Para que cuaje el proceso de incorporación de masas en un movimiento de ese tipo se requiere un líder movilizacionista, para reemplazar a la ausente o escasa capacidad organizativa. Pero para que ese líder exista se precisa un grupo o elite social de particulares características, del cual emerge un individuo dirigente, que por ser más visible, parece ser el responsable del fenómeno de masas que se genera. Pero de hecho ese líder no podría actuar sin un adecuado entorno social, que es su caldo de cultivo.

No es fácil formar una coalición movilizacionista, como podría parecer por la gran cantidad de ellas que existe en la parte menos feliz del planeta. Si hay muchos casos de este tipo en el Tercer Mundo y en América Latina, ello se debe a que en esos países las tensiones sociales tienden a generar los necesarios actores tanto a nivel de masas como de las elites.

Actores populares con alta movilización social y escasa organización son un resultado lógico del impacto de fuerzas económicas en sociedades relativamente atrasadas. Las migraciones del campo a la ciudad son un ejemplo clásico, pero no el único. En cuanto a las elites tensionadas de nivel medio o alto, son también un resultado típico de la operación de fuerzas internacionales en sociedades periféricas. Gente con más educación que perspectivas ocupacionales, industriales necesitados de protección, militares sin armamentos, clero sin propiedades, aristócratas en bancarota, clases medias angustiadas, todos forman un rico vivero de dirigentes decididos a jugarse como movilizadores de masas.

Si no hay ningún líder movilizacionista disponible, las potencialidades del actor popular se perderán. Para convertir esas potencialidades en realidad es necesario que exista al menos un actor social, en general una elite, pero no un simple individuo, que dirija a esas masas. El líder no emerge por su mera capacidad y carisma personales. El carisma y la capacidad personal son necesarios, pero no son suficientes si la estructura social no ha generado el actor social adecuado.

La relación entre la movilización social y la organización autónoma tiene algunos llamativos parecidos con otros procesos históricos que involucran a grandes números, a saber, las explosiones de la población y

de la educación. Estas "explosiones" generan un aumento vertiginoso de la población, mientras tarda en manifestarse la reducción de nacimientos; y una proliferación de aspirantes a posiciones ocupacionales medias, muy por encima de la tasa de creación de nuevos empleos de ese tipo.

En países de alta industrialización estas variables no generan tensiones sociales excesivas, pero en países en desarrollo el escenario es bien diferente. La sobre oferta de graduados de nivel medio o alto genera una expansión inusitada de grupos descontentos, bien informados y políticamente activos, como el Primer Mundo nunca vio, salvo en casos de crisis cíclicas muy agudas, como durante la década de los treinta.

Con el par movilización-organización algo parecido ocurre. Antes de que se inicie la movilización social, cuando los "tres padres" manejaban las cosas, era más fácil mantener todo bajo control. Claro está que había importantes tensiones debajo de la superficie, y a veces ellas explotaban, sobre todo cuando había líneas étnicas de ruptura, tema sobre el cual volveremos. Pero las fuerzas conservadoras de control eran muy poderosas.

Cuando se llega a una alta etapa de desarrollo económico y educacional, una vez que la masa de la población está incluida en redes organizativas, se crean las condiciones para un régimen político más legítimo y menos violento. No es que con eso el conflicto se haya eliminado, pero se lo puede canalizar, aún hasta compensar un incremento más lento de los niveles de vida.

Durante la explosión de la movilización pueden ocurrir diversos acontecimientos, entre ellos una revolución social. En ese caso los nuevos gobernantes enfrentarán los mismos problemas, pero empezando con una alta reserva de legitimidad y de apoyo entre quienes se han beneficiado por los cambios radicales introducidos. Otra cosa que puede ocurrir es una serie de intervenciones violentas, en general por las fuerzas armadas (u ocasionalmente el clero, como en Irán), que sin alcanzar a la revolución social introducen cambios importantes. Es así que las fuerzas armadas han oscilado entre su más tradicional rol de perros guardianes tan bien descrito por Vargas Llosa en sus obras juveniles, y el más nuevo de adalides del cambio social radical, como en la "Revolución Peruana" o en otros países del Tercer Mundo. Un resultado menos violento es la formación de un régimen populista, o "nacional y popular", que combina una elite directiva con una masa movilizada y poco organizada.

Los factores que llevan a la violencia son bien complejos, y han producido una amplia literatura. No pretendo aquí revisarla exhaustivamente, sino más bien traer a colación lo que me parece de más relevancia.

Las teorías sobre la génesis de la violencia a menudo van combinadas con otras sobre el estallido de revoluciones sociales. Pero la predisposición a la violencia de un individuo o de un actor colectivo es un hecho de psicología social, necesario aunque no suficiente para el desencadenamiento de un proceso revolucionario. Es preciso, para entender este último fenómeno, tomar en cuenta múltiples otros factores, para evitar saltos deductivos apresurados.

Un ejemplo clásico de sobre simplificación es el de James Davies, para quien las revoluciones ocurren cuando un período de prosperidad, que incrementa las expectativas, es seguido por un estancamiento o disminución económica, con sus consiguientes frustraciones. Varios saltos conceptuales se dan en esta argumentación. Primero de todo, la existencia de una prosperidad, o de una depresión, se afirma en base a datos (medidos o estimados) para el conjunto de la sociedad, cuando que son los actores individuales, no la sociedad, los que pueden tornarse violentos. Y los actores individuales no tienen porqué experimentar los mismos vaivenes en su situación que la sociedad en su conjunto. Por otra parte, una cosa es desarrollar actitudes violentas, y otra el protagonizar una revolución, lo que depende de muchas otras variables.

La favorabilidad a la violencia de un actor o individuo resulta en principio de su intensidad de frustración, o sea, su insatisfacción, o privación relativa, términos que tomaré como prácticamente sinónimos. La frustración dependerá, por supuesto, del abismo existente entre las gratificaciones y las aspiraciones del actor. Las gratificaciones son de dos tipos, a saber, las que se refieren a su bienestar económico, y las que se derivan del ajuste entre la forma en que se maneja la sociedad y sus preferencias al respecto, al que podemos llamar *realización de objetivos institucionales*. Ésta por supuesto no coincide con la satisfacción económica. Así, después de una reforma agraria, la comunidad campesina puede estar satisfecha por haber obtenido tierras, aún cuando los resultados económicos no se vislumbren. Claro está que si sigue pasando el tiempo sin que esos beneficios se noten, la satisfacción de todo tipo descenderá. Algo parecido ocurre con el postcomunismo en Europa Oriental, donde el entusiasmo inicial se diluye ante la lentitud o inexistencia de resultados positivos para gran parte de la gente, con el consiguiente resurgimiento de los rebautizados partidos comunistas.

No es por lo tanto posible decidir si la insatisfacción (y por lo tanto la violencia) es mayor o menor en períodos de prosperidad o de depresión. Lógicamente que en general será mayor en momentos de baja

económica, pero esto depende también de los niveles de aspiración, que interfieren en cualquier asociación simple entre prosperidad y satisfacción.

Ahora bien, la insatisfacción tiende a generar agresión que se expresa en actitudes violentas, pero hay ciertas variables intervinientes. Una de ellas, la más obvia, es el grado de legitimidad de que goza el sistema social y político. En una sociedad altamente legitimada, como la Alemania Occidental de los años setenta, un sector estudiantil o intelectual frustrado puede albergar resentimientos y actitudes muy hostiles y potencialmente violentas hacia el orden imperante. Pero sus miembros se verán disuadidos por la alta legitimidad existente, y no sólo por la policía. Algo parecido, en menor medida, ocurría en Francia o en Italia. En muchos países latinoamericanos la falta de legitimidad hacía y hace que un nivel parecido de frustración conduzca directamente a la violencia, y tanto más cuanto que el bienestar es mucho menor.

Aún otra variable es preciso considerar, a saber, el nivel percibido de amenazas, de cualquier origen. Si un actor se siente muy amenazado, probablemente tenderá a reaccionar con una mayor predisposición a la violencia, independientemente de su nivel de gratificaciones respecto a sus aspiraciones.

Resulta entonces, en base a lo visto hasta aquí, que la violencia es generada por la frustración (sinónima de insatisfacción, o privación relativa), y por un sentimiento de estar amenazado, pero se modera ante la existencia de una alta legitimidad social.

El tema de las amenazas, o peligros para el orden establecido, fue central en los primeros trabajos de Guillermo O'Donnell sobre la política latinoamericana, y con toda razón, aún cuando los mecanismos causales que suponía en acción fueran más cuestionables.¹ Su hipótesis básica era que en nuestro continente, bajo condiciones de libertad y de democracia, la clase obrera tiende a organizarse de tal manera que constituye una amenaza intolerable para el sistema de dominación existente, y para sus mecanismos de acumulación de capital. Esto sería porque, en contraste con los países de alto desarrollo, los sistemas capitalistas dependientes no pueden generar suficiente excedente como para cooptar y domesticar a los estratos más pobres de la población. Este argumento es bastante razonable, pero sería más verdadero si se lo plantea de manera relativa, o sea, afirmando que en los países de la periferia es más difícil (pero no imposible) que la clase trabajadora se canalice por la vía reformista y moderada. La evidencia histórica, por algo más de una década, pareció confirmar el veredicto pesimista de O'Donnell. Pero sucesos más recientes apuntan en la dirección opuesta, y han sido sometidos a la correspondiente teorización, que temo ha dejado de lado lo válido del planteo anterior, que debía ser refinado en vez de abandonado.²

Lo que crea una amenaza al orden establecido no es principalmente una clase obrera autónomamente organizada bajo condiciones de democracia pero de escasez de recursos económicos. Este es un escenario posible, que se encuentra muchas veces en etapas tempranas de desarrollo, pero no es muy frecuente. Cuando la clase obrera tiene una alta organización, muy probablemente habrá ya conseguido algunos beneficios, y por lo tanto se cuidará de tirarlos por la borda con un comportamiento excesivamente riesgoso. En general seguirá actuando dentro de cánones clasistas, pero no necesariamente revolucionarios.

Los objetivos revolucionarios son más bien típicos de una elite disidente e insatisfecha, ubicada en las regiones medias o aún altas del espacio social. Para tener éxito en estos objetivos, es conveniente si no absolutamente necesario, para esas elites anti status quo, obtener algún apoyo popular. Esto no es muy fácil donde existe una clase obrera de antigua y asentada experiencia organizativa, pero en cambio las cosas se hacen más expeditivas cuando se puede reclutar adherentes entre sectores recientemente movilizadas de las masas. La apelación no tiene porqué tener un contenido explícitamente revolucionario para ser vista como amenazante. Puede haber muchas variedades ideológicas entre los dirigentes que tienen éxito en conectarse con las masas, pero en la mayor parte de los casos históricos han sido de ideología nacionalista, religiosa o populista más que socialista. Pero, independientemente de las ideas de los iniciadores, pueden derivarse consecuencias amenazantes, no premeditadas pero en gran medida impuestas con la furia de tigres desatados, como le advirtió Porfirio Díaz a Francisco Madero al abordar el barco para el exilio.

¹. Guillermo O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

². Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, "Tentative conclusions for uncertain democracies," en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead, comps, *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986, parte IV. En este texto se rechaza el determinismo estructural anterior, para adoptar una interpretación en que todo depende de las estrategias y juegos de los actores, *duros y blandos*. Este enfoque es bastante de sentido común, pero tira el niño con el agua del baño, pues abandona la búsqueda de determinismos estructurales (algo más complejos que los de la hipótesis originaria) que permitan entender mejor el contexto en el cual se llevan a cabo esos "juegos".

En nuestro continente las posibilidades de formación de nuevos movimientos según los modelos del populismo clásico, desde un Vargas o un Goulart hasta un Perón, son más bien escasas. En Brasil, tierra por demás fértil en estas posibilidades, los herederos actuales o potenciales del varguismo no parecen tener mucho campo de acción como agitadores populares, o si lo hacen es en pequeña escala y de manera más caudillesca y local que nacional. Por otra parte, uno de los componentes más importantes de su fórmula política, la clase obrera urbana, ha tomado un camino propio, en el Partido dos Trabalhadores (PT), con una ideología mucho más radical, pero una praxis que de hecho es menos amenazante, pues tiene menos acólitos y aliados, y además, como ya antes se dijo, tiene bastante más que sus cadenas que perder.

En la Argentina el peronismo se ha transformado e integrado totalmente en una política moderada, y aún cuando pueda dividirse y generar un sector que reivindique "las banderas del 45", ello ya no será más que un episodio aislado. La formación de una Izquierda, el Frente País Solidario (Frepa) es una versión mucho más moderada del fenómeno brasileño, y aunque en un futuro pueda acercársele bastante más, se le aplicarán las mismas generales de la ley. Distinto es el caso, en cambio, en otras partes de nuestra región, como enseguida veremos.

En cuanto a la amenaza, ya no de un populismo movilizacionista, sino de una Izquierda fuertemente organizada y con objetivos radicalmente expropiatorios, su *locus classicus* es el Chile de Salvador Allende. Pero ahí los sucesores del presidente mártir se han orientado decididamente en la senda de la Social Democracia.

¿Qué queda entonces? Bueno, bastante.

Primero de todo, volvamos a considerar las perspectivas de un populismo radicalizado, con o sin ideas marxistas iniciales, como el de Fidel Castro. ¿Es posible su repetición en otras partes? Muy riesgoso es decir que no. Por cierto que donde más probable es la repetición de ese tipo de fenómenos es en los países menos desarrollados, del Caribe y América Central, y varios de América del Sud, entre ellos Venezuela con la extraña fórmula de Hugo Chávez. Claro está que la caída de las utopías, o al menos de sus presuntas patrias en Rusia y China, dificulta este tipo de acción, pero la necesidad humana de creer en algo es infinita, y también lo es en muchos contextos la desesperación que hace aferrarse a una creencia milenarista y muy probablemente violenta. La extensión, o la mera persistencia, de amplias áreas de extrema pobreza, facilita este tipo de expresiones. Sin embargo, lo más probable es que se reduzcan a minorías, puesto que ya un importante sector de la clase obrera ha obtenido beneficios, y aunque los pierda en parte, seguramente tratará de recuperarlos a través de la negociación político partidaria, con sólo algunos ribetes de violencia en huelgas, ocupaciones de lugares de trabajo, y cortes de rutas. En alguna medida, se ha estado dando una heterogeneización no sólo de la sociedad sino de la misma clase obrera, lo que dificulta su acción conjunta. Es así que movimientos como el de los Sem Terra de Brasil son más un fenómeno periférico, y eventualmente asociado a partidos orgánicos de izquierda de la parte próspera del país, como el PT, que un indicador de grandes convulsiones sociales futuras.

La situación es algo distinta en ambientes caracterizados por la secular explotación de grupos étnicos. Ahí puede cuajar una versión especial del populismo de izquierda o directamente revolucionario, con cualquier ideología. Las carencias de esos grupos han sido a menudo tan grandes, que les han cercenado incluso la capacidad de rebelarse o de protestar de manera efectiva, pero el desarrollo de la educación irá inevitablemente formando elites dispuestas a topar para cambiar las cosas.

Corresponde, entonces, encarar, como posible fuente de violencia, a los conflictos de base étnica, que van acompañados, por supuesto, de agudos enfrentamientos económicos y sociales. El elemento étnico, muchas veces asociado al lingüístico y al religioso, da a estos conflictos una peculiar gravedad, como lo indica la experiencia mundial. Quizás esta gravedad se deba a que la apelación étnica llega a masas que normalmente son bastante apáticas, y que en cambio al sentirse tocadas en un punto que valoran y comprenden, quedan predispuestas a una acción y una violencia de otra manera incomprensibles. La apelación étnica es el equivalente de la apelación carismática y caudillista del populismo clásico, en general restringido, en nuestros países, a la zona más integrada de la sociedad criolla o mestiza.

Pero para que una apelación sea oída, es preciso primero que alguien la emita, y después que un grupo bastante homogéneo le preste atención. Para eso tiene que haber canales de comunicación que lleven mensajes comprensibles. Los casos más claros, y más trágicos, son los que ocurren en los Balcanes, en el Cáucaso, y en la India. En todas estas partes el desarrollo económico y de la modernización ha despertado a amplias capas relativamente "dormidas", o sea no movilizadas, de la población, que antes eran directamente inaccesibles para los dirigentes con intenciones movilizadoras y radicalmente antagónicas al status quo dominante. Este es el caso sobre todo en la India, donde en los primeros tiempos de la Independencia los movimientos políticos de inspiración étnica, de derecha o de izquierda, eran muy poco relevantes. Podía esperarse que con la difusión de las luces ellos se debilitaran aún más, pero por el contrario esas luces

permitieron que la gente viera más claro sus problemas, pero no suficientemente claro como para interpretarlos de manera no étnica o religiosa. Y además, esas mismas luces generaron sectores de nuevas elites con un radical incremento de sus aspiraciones y una gran dificultad en satisfacerlas. En los Balcanes y el Cáucaso factores semejantes operan, combinados con el hecho de la súbita destrucción del sistema opresivo que los contenía.

¿Es todo esto aplicable a América Latina? En verdad, lo es, aunque con algunos reparos. Veamos el tema por partes, primero en lo relativo a las elites, y luego a las masas, diferenciando según su condición étnica (básicamente, aborigen, o bien africana), su disponibilidad de territorios ancestrales, su homogeneidad (prevalencia o no de mestizaje) y la disponibilidad de símbolos propios de tipo religioso o lingüístico o de memorias históricas de alto poder movilizador. En los casos de los Balcanes, el Cáucaso o la India, todos estos factores operan en dirección a la agudización de las diferencias, y por lo tanto de los conflictos en ausencia de acciones reparadoras de suficiente intensidad (en general difíciles de efectivizar a corto plazo). Además, en esos países la liquidación de las elites culturales o políticas étnicas nunca fue tan radical como en los casos americanos, de manera que sus posibilidades de lucha y resistencia han sido en general más grandes. Pero esta diferencia no tiene porqué ser siempre así.

(a) La situación en los pueblos aborígenes

Estos pueblos tienen tierras ancestrales, base de un posible autonomismo o aún separatismo, y también idiomas propios, aunque no religión. Los idiomas han ido perdiendo vigencia, sin por eso desaparecer; y la homogeneidad está fuertemente interferida por la mestización, que opera en el mismo sentido de la vigencia de la *lingua franca* castellana, como elemento que disminuye las posibilidades de identificación grupal y diferenciación antagónica con la sociedad dominante. En cuanto a las tradiciones históricas, ellas existen y son bien fuertes, y la tendencia es a robustecerse, de manera realista o mitológica no importa, siguiendo en eso el ejemplo de los europeos. ¿Cómo es entonces que no ha habido más movimientos políticos --canalizados electoralmente o no -- de base indígena? ¿O es que acaso tiene que haberlos?

La experiencia comparativa indica que bajo condiciones de fuertes diferenciaciones étnicas, los movimientos políticos, o luchas por la constitución de nacionalidades independientes o autónomas, proliferan. Claro está que mucho depende en este sentido de la cantidad de gente involucrada, y en eso la India aventaja a todos los demás. Pero hay que analizar detenidamente el sistema de "muñecas rusas" imbricadas unas dentro de otras, en el caso más extremo en Bosnia, para quedarse atónito ante la capacidad humana de diferenciarse y de exigir autonomía en la gestión de sus propios asuntos. Sin dejar de tener en cuenta, claro está, algunos pocos casos opuestos, como el de Suiza -- admitamos que a pesar de su falta de acceso al mar tiene ventajas muy especiales -- o como hasta hace poco el de Bélgica o Canadá, cuyas actuales tensiones internas son en este sentido aleccionadoras. Muy lejos estamos de los sueños liberales o marxistas acerca de la constitución de grandes unidades económicas o políticas que hicieran convivir a los más diversos grupos en un conjunto igualitario con valores universalistas compartidos. Seguramente la incapacidad del actual sistema económico de generar condiciones de vida equitativas sea una de las causas de la crisis de esas grandes unidades políticas. Pero no parece fácil transformar muy radicalmente ese sistema económico, al menos a corto ni siquiera a mediano plazo.

A pesar de la experiencia comparativa, la mayor parte de nuestros observadores, al menos hasta hace bien poco, diría: en América Latina somos distintos, aquí no puede pasar. O bien se oye a veces argumentar que las tensiones étnicas son sólo un indicador de problemas mayores a nivel de toda la sociedad, y son solucionables por transformaciones (revolucionarias, por supuesto) de la sociedad en su conjunto. Pero el despertar de estas ilusiones (digamos, el panglossianismo de derecha o el utopismo de izquierda) va a ser traumático.

Si hasta ahora "aquí no ha pasado" (relativamente hablando, se entiende) es porque las posibles elites rebeldes han sido muy débiles, por las varias razones expuestas. Pero esto no va a ser siempre así. El pronóstico "liberal panglossiano" -- para darle un nombre -- es que esas elites irán surgiendo, sin duda, como efecto del desarrollo económico, educativo, comunicacional y de democratización; y que ese proceso irá acompañado, de manera paralela, por una mayor integración al conjunto nacional, de manera que el "indio" dejará de ser tal para convertirse en "ciudadano", como ya lo querían nuestros libertadores y reformadores desde hace un par de siglos. En ese caso, su impacto político y electoral será simplemente como el de

cualquier otro sector o estrato social más integrado a la sociedad nacional. ¿Pero y si los dos procesos, la movilización y la integración, no ocurren con la misma velocidad?

A nivel de masas, su "despertar" como resultado de una mayor vinculación a las redes educativas y comunicacionales puede ser por cierto bastante lento, dadas las dificultades económicas de los países en cuestión. Otra cosa ocurre en cambio con las elites anti status quo, pues ellas se benefician mucho más rápido de algunos de los efectos positivos del desarrollo, por más distorsionado que éste sea. Pero al carecer de los otros beneficios, ellas fácilmente albergan actitudes potencialmente violentas, y además disponen de una "audiencia cautiva", para usar el término acuñado por los técnicos de las comunicaciones. En otras palabras, nos esperan "tiempos interesantes".

Algunos indicios de este tipo de futuros conflictos son Sendero Luminoso, la rebelión zapatista de Chiapas, los partidos étnicos bolivianos, y la más reciente agitación en Ecuador. Pero hay que interpretarlos en la perspectiva aquí desarrollada, no en la que ellos mismos o parte de los observadores científicos o periodísticos adoptan. Sin entrar ahora a un análisis pormenorizado de estos movimientos, yo diría que ellos son significativos como expresión de mentalidades de base étnica, eventualmente autonomistas si no separatistas. No son evidencia de que existen condiciones revolucionarias de magnitud nacional, aunque en algunos casos a ellas apuntan o han apuntado. Por otra parte, dado el grado de mestizaje de la población de raíces aborígenes entre nosotros, los fenómenos ideológicos a que den expresión serán algo distintos de los de los ejemplos que he mencionado de Europa y Asia. Este mestizaje, con su concomitante lingüístico, es un freno a la generación de identidades separatistas, pero no es un freno total, ante la magnitud de las fuerzas en juego.

¿Quiere esto decir, entonces, que la perspectiva en las áreas de antiguo asentamiento indígena es la de una proliferación de movimientos separatistas y violentos? No quiero ser agorero, pero pienso que ésa es una muy probable eventualidad.

(b) La situación en los pueblos de gran presencia africana

En los países de gran presencia africana, o sea en Brasil, Cuba, y casi todo el Caribe y sus costas, la situación es algo diferente. Primero de todo, no hay territorios ancestrales propios, ni idioma vigente. Tampoco hay una religión, aunque los cultos afroamericanos pueden llegar a cumplir un rol cada vez más importante. En general se han expresado de manera muy sincrética con el catolicismo, pero por cierto que esto puede cambiar. De todos modos, el significado separatista de este factor cultural se ve contrarrestado, como en el caso de la población aborigen, por el muy intenso mestizaje, que crea innumerables graduaciones y una escala de status étnico que al menos los grupos intermedios aceptan en gran medida.

La sociedad brasileña, de todos modos, a pesar del enorme potencial de conflicto étnico que alberga, ha tenido a lo largo de casi toda su historia más zonas de desarrollo y de frontera abierta que las andinas, lo que ha permitido una mayor integración. Este es un tema difícil de cuantificar, pero el hecho es que la historia de insurrecciones de base étnica del mundo andino, empezando por la de Túpac Amaru, no se reproduce, en escala parecida, en Brasil.

La continuada fuerza expansiva del capitalismo brasileño, en focos como el de San Pablo, sin equivalente en el mundo andino, constituye una aspiradora de posibles elites disconformes, que quita potenciales dirigentes a las regiones postergadas, convirtiéndolos en activistas de movimientos nacionales en las grandes urbes, lo que es otra cosa. De todos modos, el proceso de creación de elites disconformes en las zonas pobres, contrastado con la capacidad de la aspiradora paulista de integrarlas mediante el ascenso social, genera una aritmética con resultados imprevisibles. Si es necesario hacer una predicción, yo diría que la generación de elites anti status quo en el medio afroamericano va a ser marcadamente mayor que el incremento de sus posibilidades de vida, de manera que la frustración consiguiente difundirá las actitudes rebeldes y posiblemente violentas. Sin embargo, el mayor grado de integración de la sociedad brasileña, comparada a la andina, hará que estos sentimientos se canalicen a través de estructuras como el PT (sobre todo en su versión de Teología de la Liberación) más que de movimientos de base étnica. Algo parecido es lo que ocurre en los Estados Unidos, a pesar de la menor integración étnica de su población "negra" (categoría que allí no admite grados intermedios), la cual sigue muy ligada al Partido Demócrata, dejando de lado fenómenos como el Black Power y los Black Panthers.

La violencia está entre nosotros, y va a seguir estándolo por un buen tiempo. Durante las últimas décadas, ella, y su concomitante autoritarismo, han resultado de los esfuerzos de incorporación de la clase

obrero y de sectores campesinos al sistema político. Esa incorporación implicó nuestro equivalente de la Guerra de los Treinta Años (más cerca de cincuenta, en realidad). En gran medida ese proceso se ha terminado, sobre todo en los países de mayor desarrollo de la región y en sus sectores urbanos. Eso no quiere decir que los problemas de esas clases sociales se hayan resuelto, lejos de ello. Quiere sí decir que ellas tienen ya un sistema de representación, con su faz política, a veces cambiante, pero que se canaliza en un sistema de partidos políticos legitimizados, a pesar de sus altos y bajos en cuanto a prestigio, y de alternancias pacíficas en el poder.

Sin embargo, queda aún la incorporación de los grupos más carenciados, en su mayoría campesinos y también marginales urbanos, de fuerte composición indígena o afroamericana. Esa incorporación recién está comenzando, o más bien lo que está comenzando es su demanda de incorporación, con ribetes a veces violentos. Ella exige una profunda transformación de nuestra concepción de lo que constituye nuestra "nacionalidad", o nuestra cultura y tradiciones históricas. El elemento étnico, apenas presente en el anterior proceso de los populismos clásicos, añadirá intensidad a los conflictos que sin duda acompañarán a esta lucha por la incorporación -- o por la autonomización -- de esta población postergada. Ojalá el ejemplo de nuestros terribles años de plomo y de lo que ocurre en otras partes del mundo, ayude a nuestras clases dirigentes a poner las barbas en remojo a tiempo.